

VII

La chabola de Juan era tal y como Elena me la describió en su día: pequeña y astrosa; hecha de tablones con la corteza descascarillada, trozos de encinas que poco a poco se pudrían a causa del inevitable paso del tiempo. Partes de la misma madera permanecían esparcidas por el suelo, rodeadas de latas de cerveza junto con restos de comida y bolsas de plástico revoloteando en derredor. Al parecer, la arenisca cubría parte de estos desechos, y la brisa helada, cuando se transformaba en fuerte viento, los arrastraba hasta envolverlos por completo en una capa de polvo a la vez que desenterraba más porquería.

Llamé a la puerta. Por supuesto no había timbre, sólo un pequeño trozo de hierro improvisado que hacía la función de aldaba. Mientras esperábamos miré a Jaime, esperando a que se sacase algún chiste de la manga. Pero no dijo nada. Por primera vez, y al margen de lo vivido en su piso, lo noté tenso, nervioso. "Demasiados ojos observándole", pensé. De camino a la chabola, recogió una gruesa rama de árbol del suelo sólo para usarla en defensa propia. "Por si las moscas", me dijo. En otra ocasión le hubiera reprochado esa actitud, pero ahora, y tras sentirnos como verdaderos forasteros en un mundo desconocido, sólo me limité a asentir e incluso a aprobar aquella idea.

Unos segundos después, la puerta se entreabrió. La luz exterior no entraba más allá de las jambas. La oscuridad era opaca, pero percibí un grácil fulgor parpadeante, cobrizo, que bañaba con timidez el interior del pútrido refugio.

—¿Qué quieren? —dijo una voz masculina al otro lado de la puerta.

—¿Juan? ¿Juan Santamaría? —respondí.

—¡No debo nada a nadie! ¡Largo!

—¡No, espere! No venimos a reclamarle nada, sólo precisamos su ayuda. —La puerta se cerró de golpe. Oí murmullos ininteligibles al otro lado. Alzando un poco mi voz y acercando mi cara a la corroída puerta de madera, añadí—: Gurnick... El señor Navaes... ¡El niño sentado en las ruinas, delante de su anterior casa...!

Callé, pues oí pasos rápidos. La puerta volvió a entreabrirse y vislumbré la sombra de Juan. Al cabo de unos segundos, dijo: —¿Qué coño queréis?

—Sólo buscamos información, nada más. No somos del pueblo..., ni tampoco de Burgos. Nadie nos envía.

"Nadie de este mundo", pensé.

Se hizo un breve silencio. Mientras esperaba su respuesta sentí el silbar del viento tintineando en las latas del suelo, moviéndolas de un lado a otro hasta quedarse atrapadas en algún cúmulo de porquería. Pensé que tal vez era inútil intentar hablar con este tipo, que no habría forma de poder esclarecer nada con él. Sin embargo, y contra todo pronóstico, la negra figura de Juan se apartó de la puerta, dejándola entornada e invitándonos, en principio, a pasar.

Jaime y yo nos miramos. Le dije entre susurros que soltase la rama, pero disintió y se limitó a esconderla en la espalda. Poco después, empujé la portezuela y entramos con lentitud.

Al avanzar notamos un olor insoportable, una mezcla a huevos podridos y heces humanas. El sonido de las moscas revoloteando por aquellas cuatro paredes auguraban

el cúmulo de porquería que teníamos delante de nosotros: un cuchitril malsano de proporciones infrahumanas, algo insalubre desde todos los puntos de vista. Para empezar, a un lado y pegada a la pared, había una silla junto a una pequeña mesa, ambas carcomidas y con las patas desiguales, sujetas por papeles doblados; una alfombra desgastada en el suelo, llena de moho y bichos pegados; utensilios de cocina amontonados en un extremo, sucios, con restos de comida de, tal vez, hace años y, a destacar, más remanentes de algo orgánico que se filtraban por los zócalos de las paredes y que incluso me parecieron moverse. Demás enseres como vasos, tenedores, herramientas agrícolas y unos marcos de fotos colgados en la pared (aunque torcidos y de los que costaba apreciar su contenido) redondeaban una escena sin parangón, donde las arcadas se servían como plato indispensable a todo aquél que quisiera entrar en la chabola.

Juan, un hombre algo obeso y de aspecto descuidado, y que aparentaba más edad de la que debía de tener, se quedó de pie y cerca de la única silla del lugar. Apoyó una mano sobre la mesa y se nos quedó mirando. El pardo fulgor de una lámpara de gas situada al otro extremo, junto con la luz exterior, agravó las imperfecciones de su piel marchita, causada lo más seguro por culpa de los duros trabajos a pleno sol del día.

—No me sonáis de nada... —dijo, cauteloso. Y añadió—: Cerrad la puerta.

—¿Le importa si la dejo abierta? —pregunté con celeridad. No quería sentir la penumbra de ese lugar, aunque tampoco respirar aquel aire tan viciado.

—¿Por qué? ¿Le tienes miedo? —preguntó.

—¿Perdón?

Diligente pero torpe, se dirigió hacia la salida pero sin despegar su mirada de nosotros. Una vez allí se apoyó en el dintel y agarró la puerta por uno de sus lados con intención de cerrarla. Adoptó una postura entre cansada y amenazante.

—A Gurnick... ¿Le tienes miedo? —repitió el tipo.

Escuchar ese nombre en boca de otro hizo que se me congelase la sangre. Comencé a notar el sudor frío recorrerme la espalda y mi corazón se revolucionó, viéndome por unos segundos a las puertas de un vahído. Jaime avanzó un paso, se llevó una mano a la cintura y se quedó a mi altura, por si caía al suelo.

—Le ha dicho con amabilidad que no cierre la puerta... —dijo Jaime, tajante—. ¿Qué parte no ha entendido?

—¿Quién...? ¿Quién diablos es Gurnick? Es el niño de las ruinas... ¿verdad? —intervine.

—¿Qué te dice? —me respondió aquel hombre de nuevo con otra pregunta, manteniendo una baja intensidad de voz e ignorando a mi amigo. Además, seguía con la suya; parecía querer cerrar la puerta—. ¿Cuándo se te aparece?

No pude contestarle como hubiese querido, pues me volví a quedar sin fuerzas. Sólo me limité a decirle que me hacía sufrir por las noches, que la oscuridad se había vuelto transformado en algo parecido a las entrañas del infierno. Y que, por favor, no siguiera cerrando la puerta, que...

De pronto, Juan la cerró con estrépito y sacó algo del interior de su chaleco beige, entre éste y el pantalón. Era una pistola desgastada. Nos apuntó con ella a la vez que el interior se sumó entre penumbras. Sólo la débil luz de la lámpara de butano

parecía resistir a la oscuridad, arrinconándola con su fulgor anaranjado en las desvencijadas paredes de la chabola.

—Ya está bien de esta mierda. ¿Quién cojones sois? —dijo. Me encorvé. Notaba como si el estómago se me fuese a salir por los lados. Acto seguido, se dirigió a Jaime y añadió—: Tú, imbécil, deja de tocarte la espalda... ¡Las manos en alto!

—Maldito hijo de puta —dijo Jaime, que sintió el desfallecer de mis fuerzas y me asió para mantenerme en pie. No obstante, comencé a oír las voces de aquel niño saliendo esta vez del umbral de aquellos zócalos vomitivos. Iban directas a mi mente—. ¡Abra la jodida puerta!

—¿Crees que puedes darme órdenes, chulito?

—No haga tonterías...

En ese instante, Juan se llevó una mano a la cabeza; lo percibí mareado y como conectado a mi sufrimiento. Parecía sentir aquella misma presencia, Gurnick, o algo parecido, pero no con la misma fuerza con la que me sometía a mí.

—Mi..., mi infancia —dije entre estertores.

Juan no contestó, y entonces Jaime, al percatarse de que me quedaba sin palabras, comenzó a relatarle por mí, aunque con atropello y sin claridad, mi relación con Elena y con El Niño Tiempo. Después, los pies helados, las risas de niño y el correteo arriba y abajo por el pasillo fueron algunas de las cosas que alcancé a escuchar antes de caer inconsciente.

—Elena... —escuché de boca de aquel hombre, esta vez entre susurros y algo jadeante, sudoroso, pero sin dejar de empuñar el arma—. Un momento..., entonces tú..., tú debes de ser Raúl, el sobrino de Alberto...

Sin apenas fuerzas, asentí sacudiendo la cabeza. Me maldije al no haber aclarado este punto antes, al no haberme presentado como Dios manda justo antes de haber entrado.

—¡Mierda...! —exclamó Juan. Se guardó el arma con torpeza, tiró un poco del pomo de la puerta y la entornó para mirar a través de ella, esta vez desviando su atención de nosotros—. Es posible..., es posible que os hayan seguido... Este sitio no es seguro... ¡Joder!... Bien, será mejor que...

Y ocurrió.

Todo fue muy rápido. Cuando quise darme cuenta, Jaime había aprovechado el momento para abalanzarse con la rama sobre Juan. Sin apoyo alguno caí al suelo y escuché la mesa recibir un fuerte golpe al estrellarse ambos cuerpos en ella, al igual que en la silla. Aturdido y sin casi poder abrir los ojos, vi sombras enzarzadas golpeándose contra todo lo que había de por medio, incluido el tanque de gas butano de la lámpara. Gritos, puñetazos, la rama blandiendo en el aire y la pistola cayendo al suelo justo delante de mí, enganchándose a los restos de algún bicho inidentificable enquistado en la alfombra enmohecida. Más gritos y sombras, sonidos de enseres cayendo, la figura de la pistola en el suelo apuntándome con su cañón y...

Mudez absoluta.

Cogí una fuerte bocanada de aire. Me encontraba de pronto sentado en el exterior de la chabola, en la parte trasera y rodeado de más porquería. A pocos metros por delante de mí, Jaime y Juan hablaban con tensión, aunque no podía oírlos. Juan, más

nervioso, iba mirando en dirección al pueblo, asomando la cabeza por uno de los laterales del refugio, mientras que Jaime, sin dejar la rama y con la pistola en la otra mano, escuchaba e intervenía por momentos. "Maldición", pensé. El puñetero vapor de agua volvía a estar presente en mi campo de visión.

Traté de levantarme, pero fue imposible. Estaba aturdido y muy confuso. Cerré los ojos.

Al abrirlos me los encontré a ambos delante de mí.

—¿Qué...? —dije. Sentía como si me llevaran en volandas.

—*Hacia el bosque* —comentó el achaparrado de Juan, volviendo a mis oídos la maldita voz embotellada—. *Venga, deprisa.*

Me quedé mirando a Jaime, confundido, a lo que éste me sonrió y me infundió calma con sus ojos.

—*Tranquilo* —me dijo—. *Aquí hay luz... Estás a salvo...*

Silencio.

Al volver en mí me vi rodeado de una de las formaciones boscosas del valle. El agradable olor a resina volvía a hacer acto de presencia, dejando atrás todo resquicio de aquel hediondo refugio. El vapor y la mayoría de síntomas previos causados por las tinieblas remitieron con rapidez.

Justo en ese momento sentí el suelo mullido y observé las miles de hojas que yacían esparcidas en derredor. Me encontraba sentado encima de ellas y apoyado en una encina (o tal vez era un olmo), con las piernas flexionadas y mis brazos colgando, como si hubiera sido víctima de un fuerte mareo causado por el alcohol. Jaime se encontraba reclinado en otro árbol y ya no llevaba ni la rama ni el revólver consigo. Juan, sin embargo, se mantenía de pie, observándonos. Pude ver un bulto en el lateral de su pantalón. Volvía a tener la pistola en su poder.

—Aquí no te engullirá la oscuridad —me dijo. Ahora lo escuchaba a la perfección, con plena lucidez. Su tono de voz era muy distinto al de antes, mucho más colaborador.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Jaime, aún desconcertado.

—Te desmayaste por culpa de este tío, mientras nos atizábamos... Comprenderás que estoy un poco harto de los "raritos". Bastante harto, mejor dicho... Tras la trifulca te dejamos fuera, en la parte de atrás, para que te recuperases.

—¿Y?

—Pues que aprovechamos para conocernos mejor... Ya me entiendes.

—Ahora al menos sé con seguridad de qué lado estáis... —intervino Juan.

—¿Lado...? ¿Cuánto...? ¿Cuánto llevo inconsciente?

—Sólo quince minutos —respondió Jaime. Acto seguido se dirigió a Juan—: Señor Santamaría, mejor que nos demos prisa y nos cuente lo que sabe, como hemos quedado. Aquí ya nadie nos ve...

—Bueno, eso no es del todo cierto... —le interrumpió el harapiento hombretón—, pero sí, mejor ir al grano. Lo malo es que no creo que tengamos mucho tiempo hasta que nos descubran...

—¿Cómo? —dije—. ¿Que nos descubra quién?

Y, sin más dilación, Juan se dirigió hacia mí e inició su charla con presteza.

—Gurnick, *Nicholas* Gurnick. Te es familiar, ¿verdad?

—No... Yo sólo... —Me quedé petrificado. Al volver a pensar en el nombre que me dijo y en la frase "Gurnick, Gurnick", me di cuenta de que esto no era lo que realmente escuchaba, sino "Nick Gurnick", que se coreaba en forma de bucle dentro de mí, provocándome esa sensación de repetición. Me levanté (Jaime me ayudó, otra vez), y aún algo mareado, añadí—: Nick Gurnick... Joder... Pero... ¿quién demonios es? ¿Es el niño que conocí en mi infancia?

—Era —matizó.

Y tras escrutar con rapidez entre el follaje por si venía alguien, Juan Santamaría dio un pequeño suspiro y se apoyó finalmente en una encina. Sin hablar muy fuerte y acompañado del canto de las aves silvestres, comenzó entonces a hablarme de la identidad de Nick Gurnick, o en su defeco El Niño Tiempo. A la vez, un enérgico trueno que anunciaba el arribo de la tormenta se escuchó en la lejanía.